

Alfredo Acle Tomasini

Discutamos por separado presupuesto y estrategia de reactivación

Si un extranjero que quisiera conocer cómo afrontamos nuestros problemas optara por leer los Criterios Generales de Política Económica para 2010, se sorprendería al observar que varias de las razones que explican la actual situación de la economía no sólo eran previsibles, sino que pudimos evitar su aparición o, al menos, tomar acciones para amainar sus efectos negativos.

Desde hace años, conocíamos que la ordeña fiscal de Pemex terminaría por reducir la producción; que nuestra dependencia con Estados Unidos crecía por la vía de las remesas y la integración de la industria automotriz; que los ingresos fiscales son exiguos porque la carga tributaria se concentra en muy pocos; que el sector de los servicios ha crecido, no por un desarrollo natural sino porque la industria dejó de ser un impulsor de la economía.

Lo que desconocíamos, y eso nos lo ha enseñado la crisis, es la dimensión enorme que ha alcanzado nuestra vulnerabilidad.

Si ese extranjero imaginario fuese sociólogo, se preguntaría cómo es que una sociedad acepta sin reclamar una situación que, a veces más rápido, otras más lento, apunta al deterioro y no a la superación; cómo puede

ser que aquello que se pudo resolver, se deje empeorar hasta que reviente; cómo es posible que, en una actitud suicida, prefiera evadirse la realidad y posponer la solución de los problemas torales a cambio de lograr acuerdos mínimos, como expresión de una democracia mediocre que celebra lo accesorio y olvida lo sustantivo.

Por ello, resulta curioso que no nos hayamos preguntado por qué la economía mexicana, que no fue la causante de la crisis, ha sido una de las más afectadas. Basta mencionar que el decremento de nuestro PIB, con respecto al estadounidense, es de tres a uno.

Este cuestionamiento no se refiere al diagnóstico económico, sino a la oportunidad y la forma como reaccionamos cuando las alarmas empezaron a sonar nacional e internacional-

mente. Y este análisis es relevante porque justo ahora, cuando se discute el presupuesto del 2010, vuelven a evidenciarse varios elementos que lastran nuestra capacidad de respuesta.

A diferencia de otras naciones, nosotros no sólo actuamos con mayor lentitud sino que en algunos aspectos lo hicimos en sentido contrario, producto de una mezcla de factores políticos con el marco legal que norma la gestión de las finanzas públicas y la política monetaria.

La crisis arreció en un año electoral, lo que limitó la posibilidad de que Congreso y gobierno reconocieran la dimensión de lo que se nos venía y diseñaran una estrategia para afrontar el problema. Pero, en época de elecciones, los políticos suelen nadar "de muertito" antes que comprometerse. Quieren el poder público, pero no se atreven

a decir qué van a hacer con él. Ejemplo patético fueron los pasados comicios que, pese a realizarse en medio de la peor crisis de la historia moderna, resultaron en un ejercicio anodino y huero de propuestas.

El principio del equilibrio fiscal es prudente. Pero, dada la raquítica recaudación fiscal, esto equivale a recetarle a una persona anoréxica que procure el balance entre la ingesta y el consumo de calorías. Por ello, la reducción del gasto público de este año acentuó la tendencia depresiva de la economía, tanto por su efecto en la demanda agregada como por su impacto en las expectativas del sector privado.

Pero la economía mexicana no sólo tiene el freno de mano puesto sino también el de pie, porque la política monetaria está centrada en contener la in-

flación y no en propiciar el desarrollo del país.

Así, el equilibrio fiscal y abatir la inflación al mínimo se han convertido en objetivos en sí mismos y a los cuales se supedi-

ta el desarrollo del país. Subyace el supuesto de que, si ambos se alcanzan, éste se dará por consecuencia. Más de quince años de un magro crecimiento apuntan lo contrario.

El gobierno ha optado por presentar el presupuesto de 2010 con un plan de reactivación de mayor alcance. Este es un esfuerzo loable, pero en estos momentos de gravedad extrema, discutirlos simultáneamente y en escasas semanas terminará en un programa parchado de baja efectividad. Más aún cuando no existe consenso ni en fines ni en medios.

Resolvamos los temas críticos del presupuesto de 2010, y que sociedad, Congreso y gobierno inicien de inmediato una discusión a fondo para establecer los objetivos, las normas y políticas que permitan relanzar el desarrollo nacional. ¿Será posible que, ante la gravedad de nuestros problemas, optemos por enfoques inéditos?

Analista

